

La más fabulosa de las bibliotecas: la del Preste Juan en Etiopía a principios del siglo XVII*

The Most Fabulous of Libraries: That of Prester John in Ethiopia in the Early Seventeenth Century

VÍCTOR DE LAMA DE LA CRUZ


Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía, Edificio D, Pl. de Menéndez Pelayo, s/n, 28040 Madrid (España).

Dirección de correo electrónico: victordelama@pdi.ucm.es.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6497-3253>.

Recibido: 21-2-2022. Aceptado: 28-4-2022.

Cómo citar: Lama de La Cruz, Víctor de. “La más fabulosa de las bibliotecas: la del Preste Juan en Etiopía a principios del siglo XVII”. *Castilla. Estudios de Literatura* 13 (2022): 375-404. <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.375-404>.

 Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.375-404>.

Resumen: En 1610 se publicó en Valencia la *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, Monarchía del Emperador, llamado Preste Juan de las Indias*. Su autor era el dominico valenciano Luis de Urreta y entre las maravillas de aquel reino fabuloso destacaba una fascinante biblioteca, de la que el autor nos refiere su origen, la riqueza de sus manuscritos, los autores representados, las numerosas obras que atesoraba, muchas de las cuales se consideraban perdidas definitivamente, etc. Aunque no tardó en descubrirse la impostura de Urreta y sus poco disimuladas intenciones antijesuiticas, su descripción nos permite hacernos una idea muy aproximada de cómo era la biblioteca ideal para este dominico de la época de Cervantes: una peculiar plasmación de la *Bibliotheca Universalis* soñada por un fraile anclado en la erudición medieval.

Palabras clave: biblioteca; Preste Juan; Etiopía; dominicos; jesuitas; Edad Moderna.

Abstract: In 1610 was published in Valencia the *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, Monarchía del Emperador, llamado Preste Juan de las Indias*. Its author was the Valencian Dominican Luis de Urreta and among the wonders of that fabulous kingdom stood out a fascinating library, of which the author tells us its origin, the richness of its manuscripts, the authors represented, the numerous works that it treasured, many of which

* Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Fiestas teatrales en el Coliseo del Buen Retiro (1650-1660): Catalogación, estudio, edición crítica y recreación virtual*, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades con la referencia PGC2018-098699-B-I00.

were considered definitively lost, etc. peculiar embodiment of the *Bibliotheca Universalis* dreamed of by a friar brimming with medieval erudition.

Keywords: Library; Prester John; Ethiopia; Dominicans; Jesuits; Modern age.

INTRODUCCIÓN



Cuando en 1610 se publicó en Valencia la *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, Monarchía del Emperador, llamado Preste Iuan de las Indias* se estaban viviendo en la ciudad del Turia momentos de gran agitación. La decisión tomada en abril de 1609 por parte del Consejo de Estado de expulsar a los moriscos tuvo como primera consecuencia la salida de los puertos levantinos, en diversas oleadas hasta enero de 1610, de más de cien mil

personas.¹ En ese ambiente de intolerancia y gran desconcierto no debió de prestarse mucha atención a una obra tan voluminosa que venía a revelar la riqueza proverbial de un país enigmático que los europeos llevaban buscando desde hacía más de cuatrocientos años: el reino del Preste Juan.

Su autor, el valenciano Luis de Urreta, era un religioso dominico, famoso predicador, que estaba afincado en el convento de la Orden de Predicadores de su ciudad natal. En sus más de 700 densas páginas, la *Historia eclesiástica* ofrecía una descripción de todos los aspectos imaginables del reino del Preste Juan. Desde el punto de vista religioso, lo más significativo es que este reino cristiano coincidía en todo con las doctrinas de Roma y en su trayectoria religiosa los dominicos habían tenido una especial importancia, ya que llevaban instalados con sus monasterios prácticamente desde su fundación en el siglo XIII.² La obra de Urreta se presentaba en el panorama editorial con la osadía de dar cumplida respuesta a una de las incógnitas, más duradera e inquietante, de las que pervivían en el Occidente cristiano. Ya en el título –*Historia eclesiástica, política, natural y moral*– presumía de ofrecer al lector una visión completa del país, sin descuidar ningún aspecto relevante. Además de lo anunciado en el título, se incluía una detallada descripción geográfica, amplias explicaciones sobre la producción agrícola y la riqueza mineral.

Una de las excelencias de ese reino que más pudo asombrar a los lectores españoles de los tiempos de Felipe III debió de ser el envidiable desarrollo y organización de la educación, las especialidades de sus universidades, la grandeza de sus templos y, en consonancia con lo demás, la fabulosa biblioteca del Preste Juan. Los lectores de la época pudieron imaginar esta biblioteca como la más fascinante de aquellos tiempos y de cuya riqueza nos proponemos dar cuenta en las siguientes páginas, para después intentar justificar qué sentido podía tener ofrecer a los lectores una información tan sorprendente.

¹ La decisión del Consejo de Estado fue del 4 de abril de 1609, pero se esperó hasta el 22 de septiembre del mismo año para ordenar los preparativos y hacer público dicho decreto. Las salidas se prolongaron hasta 1614. Sobre estas expulsiones resultan bastante elocuentes los lienzos pintados en 1612 y 1613 por Pere Oromig, encargados por el propio Felipe III, de la Fundación Bancaja; o el de Vicente Carducho, algo posterior, hoy en el Museo del Prado.

² Este sería el objetivo final de la obra: defender la idea de que los seguidores de Santo Domingo habían contribuido a su evangelización adelantándose a los jesuitas que para Urreta serían unos recién llegados. Para más información sobre las intenciones de Urreta véase el trabajo de Lama de la Cruz (2019).

Aunque la obra de Luis de Urreta ha despertado últimamente alguna atención,³ hay que advertir que aún no contamos con estudio detenido sobre este autor y su producción literaria, motivo por el cual conviene ofrecer una sinopsis del contenido de la *Historia eclesiástica*. Luis de Urreta ofrecía su obra al lector como una extensa monografía, de carácter histórico, dividida en tres libros de extensión muy diferente. El primer libro (“Del gobierno temporal, costumbres y cosas más notables del Imperio de la Etiopía, Monarquía del Preste Juan”) consta de 33 capítulos (pp. 1-378)⁴ que se ocupan de trazar la historia de Etiopía desde sus más remotos orígenes, de describir su geografía, de explicar su organización política y social, y de exponer las atribuciones y la forma de gobernar del Preste Juan. En el segundo, de 15 capítulos (pp. 379-570), nos ofrece una exposición detallada sobre la organización religiosa del país. Y en el tercero, de 6 capítulos (pp. 571-731), se centra en la catolicidad del reino del Preste Juan, sus abundantes santos y ermitaños, junto con una exposición sobre la “fundación y modo de proceder de la orden militar y monástica de los caballeros y monjes del glorioso padre San Antonio Abad”.

Basta recordar ahora que el dominico describe un país riquísimo, tanto por sus materias primas agrícolas y minerales (incluyendo la abundancia de piedras preciosas), como por su desarrollo político y moral, en el que los colegios y universidades podrían ser la envidia de la Europa de su tiempo. Para tan detallada descripción, parte sobre todo de fuentes bíblicas y de la Antigüedad; pero cuando debe aportar datos que pudieran ser cuestionables, recurre a la información que le proporcionó un tal Juan de Baltasar, un supuesto viajero etíope que estaría emparentado con el monarca fabuloso de Etiopía y, lejanamente, con los descendientes de los Reyes Magos. Este hipotético visitante, del que luego se hablará, habría pasado por Valencia en aquellos primeros años del siglo XVII y le habría informado a Luis de Urreta de muchos extremos que nos refiere en su *Historia eclesiástica*. La crítica no ha podido confirmar la existencia real

³ Hay que decir que en buena parte este interés se debe al estudio de la *Historia de Etiopía*, de Pedro Páez, obra con la que como se verá está íntimamente relacionada. Junto a la traducción y publicación de la obra de Pedro Páez (2009; y 2014a y 2014b), importantísima en el tema que se trata, cabe mencionar los trabajos de Torres Santo Domingo (2010), Bouba Kidakou (2011), Alfonso Mola y Martínez Shaw (2011-212), Mar Bueno (2017) y Lama de la Cruz (2019).

⁴ Cito en adelante las páginas de la obra de Urreta por la única edición de la misma, la mencionada de Valencia de 1610.

de este viajero y hoy se admite mayoritariamente que su figura fue una invención de Luis de Urreta para atribuirle todo el aluvión de datos inverosímiles que vierte en su obra.

1. UNA FABULOSA BIBLIOTECA PARA UN REINO FABULOSO

Las descripciones de Urreta dejaban claro que la más alta cultura y respetable religión se aunaban en el monte Amara, promontorio situado en el centro de Etiopía, lugar donde se encontraba la corte del Preste Juan. Así se desprende del capítulo IX en que se trata “*De los dos monasterios que hay en el monte Amara y de la famosa librería que tiene en uno de ellos el Preste Juan*”. El lujo de los monasterios, en los que sirven “tres mil religiosos”, se completa con la excepcional biblioteca que se encuentra en uno de ellos, concretamente en la Abadía de Santa Cruz, cuya descripción ocupa nueve densas páginas de su *Historia* (pp. 103-111).

Para valorar la grandeza de dicha biblioteca nada mejor que ponerla en relación con la biblioteca de Alejandría:

Mucho encarece Aulo Gelio la grande librería de Alejandría, pues dice que llegaron los libros que había en ella a setecientos mil volúmenes, recogidos por el Ptolomeo Philadelpho, en cuyo tiempo se hizo la translación de los Setenta y dos intérpretes;⁵ y estaba la librería dividida en dos salas, a la una llamada *Bruchía*, y en esta se guardaba la dicha translación de los Setenta; y la otra se llamava *Serapión*; porque si estuvieran todos aquellos libros que pone Aulo Gelio en una librería, fuera de desproporcionada grandeza y por eso la dividieron en dos aposentos... (p. 102).

Menciona luego la de Constantinopla, desaparecida en un incendio,⁶ pero ninguna podía aventajar a la del Preste Juan:

⁵ Es curiosa la noticia sobre la biblioteca de Alejandría que viene a justificar la circulación de libros con autoría falsa: “Y dice Galeno que, como Philadelpho y el rey Atalo anduviesen a porfía juntando libros con grandes pagas y premios, algunos burladores ponían en algunos libros los nombres de autores famosos y que así corren algunos libros por de cuyos no son, y aún esto hasta el día de hoy se usa” (p. 103).

⁶ “en la cual había ciento y veinte mil libros, entre los cuales estaba aquel tan nombrado Intestino de Dragón, en que estaban escritas todas las *Iliadas* y *Odyseas* de Homero, que son cuarenta y ocho libros, con letras de oro, y tenía la tripa o intestino ciento y veinte pies en largo, la cual librería se quemó con otras muchas piezas insignes y con la mayor parte de Constantinopla, en tiempos de la tiranía del emperador Basílico, según refiere Nicéphoro y Zonaras” (p. 103).

Estas famosas librerías nada tienen que ver y perderán fama y gloria si se ponen en cotejo con la librería que el Preste Juan tiene en el monasterio de Santa Cruz en el monte Amara, porque los libros que tiene son innumerables y no hay cuenta; basta saber que la Reina Saba empezó a juntar libros de muchas partes y puso en ellas muchos libros que le dio Salomón y otros que le enviaba a la continua, y desde aquellos tiempos siempre los emperadores han ido añadiendo libros con grande cuidado y curiosidad. Son tres salas grandísimas, cada una de más de doscientos pasos de largo, donde hay libros de todas las ciencias, todos en pergaminos muy sutiles, delgados y bruñidos, con mucha curiosidad de letras doradas y otras labores y lindezas: unos encuadernados ricamente, con sus tablas; otros están sueltos, como procesos, rollados y metidos dentro de unas bolsas y talegas de tafetán: de papel hay muy pocos, y es cosa moderna y muy nueva entre los de Etiopía (p. 103).

Subyace, cómo no, el sueño utópico del Renacimiento de crear una peculiar biblioteca universal (por usar el término de Gessner) que reuniera todas las obras escritas por la civilización occidental. Esa idea es la que guió a Hernando Colón en su labor de reunir en su casa una gran biblioteca particular, empeño parecido al que animó a Conrad Gessner cuando en 1545 publicó su *Bibliotheca Universalis*, un repertorio bibliográfico para informar a compradores y vendedores de todos los libros publicados, similar al que mucho después, limitándose al ámbito español, inspiró a Nicolás Antonio a redactar la *Bibliotheca Hispana Vetus* y la *Bibliotheca Hispana Nova* (Gonzalo Sánchez-Molero, 2015, pp. 98-101).

2. LOS FONDOS DE LA BIBLIOTECA DEL PRESTE JUAN

Lo importante en una biblioteca obviamente no es el edificio ni siquiera la riqueza material de las copias que atesora, sino la antigüedad y rareza de sus manuscritos:

El arancel que se trajo al Sumo Pontífice Gregorio decimotercio es el siguiente. Hay escrituras de Enoch, que fue el séptimo nieto de Adam, las cuales están en pergaminos, sacadas de piedras y ladrillos donde se escribieron primeramente, que tratan de cosas de Filosofía, de cielos y elementos.⁷ Hay otros libros que van con nombre de Noé, que tratan de

⁷ En efecto, los libros de Enoc, personaje que aparece varias veces en los primeros libros de la Biblia y es considerado bisabuelo de Noé, forman parte solo de la Biblia canónica de los

Cosmografía y Matemáticas de cosas naturales, y de algunas oraciones y ceremonias. Hay libros de Abraham, los que él compuso cuando estuvo en el valle de Mambre, donde tenía discípulos y leía públicamente Filosofía y las Matemáticas; estos discípulos fueron con cuya ayuda venció a los cuatro reyes que llevaban preso a su sobrino Loth. De Salomón muchísimos, unos traídos por la Reina Saba, otros por Melilec hijo de Salomón, y otros que el mismo Rey Salomón enviaba, y así son en grande número los que van con título de Salomón. Hay muchos libros con título de Job, y dicen que él los compuso después que volvió en su antigua prosperidad. Hay muchos libros de Esdrás y de muchos Profetas y Sumos Sacerdotes (pp. 103-104).

Hasta aquí los libros más antiguos y sorprendentes. A los ojos de cualquier bibliófilo renacentista, su valor sería inmensurable pues vendrían a complementar los escritos más remotos recogidos en el Antiguo Testamento. Solo por contener estas obras, la biblioteca del Preste Juan podría ser ya entonces considerada la biblioteca más sorprendente y original del mundo.

Estos códices que enriquecían las *Escrituras* más antiguas estaban acompañados de textos perdidos y de los evangelios apócrifos:

Muchas epístolas extraordinarias de San Pablo, de las cuales no se tiene en la Europa noticia. Muchos Evangelios fuera de los cuatro canónicos y sagrados, que son San Mateo, San Lucas, San Marcos y San Juan, como el Evangelio *secundum Hebraeos*, *secundum Nazareos*, *Encratitas*, *Ebionitas* y *Egipcios*; y Evangelio *secundum Bartholomaeum*, *Andream*, *S. Thomam* y otros. Aunque es verdad que todos estos Evangelios y libros nombrados sean apócrifos, de muy poca o ninguna autoridad, con todo los pongo aquí por curiosidad, que por tal los guardan en esta librería, que también los tienen

patriarcados de Etiopía y Eritrea, en tanto que la iglesia católica los considera textos apócrifos. Se consideraban perdidos desde la Edad Media, pero es muy probable que Urreta contara con alguna referencia reciente a ellos, ya que hay múltiples menciones de Enoc en la literatura española en los años previos. Desde mediados del siglo XVI se sabía que el texto completo se encontraba en Etiopía, pero no fue hasta finales del siglo XVIII cuando el viajero escocés James Bruce recuperó tres copias del mismo en idioma ge'ez, le lengua litúrgica de la iglesia egipcia: una se la regaló en 1733 a Luis XV para la Bibliothèque Nationale de Francia; la segunda la donó a la Bodleian Library de la Universidad de Oxford; y la tercera se la quedó él mismo y tras su fallecimiento acabó igualmente en la Bodleian. Además se conservan diversos fragmentos en griego, en latín, en copto, en arameo y en hebreo. Algunos textos están contenidos en los célebres manuscritos de Qumram o del Mar Muerto. La bibliografía actual sobre estos libros sagrados es abundantísima.

por apócrifos en toda la Etiopía; solo los guardan por grandeza, y lo es sin duda para una librería (p. 104).

A pesar de la lejanía e incomunicación de estos cristianos, no dejaría de llamar la atención del lector culto el hecho de que los etíopes fueran conformes en todo a la doctrina de Roma. Y antes de seguir con los libros posteriores a Cristo, el autor nos pone la miel en los labios diciendo que hay “historias de la vida y muerte de Jesucristo y otras cosas que sucedieron después de su muerte, compuestas por judíos de aquellos tiempos” (p. 104). El entusiasmo por destacar esa riqueza bibliográfica no era gratuita, pues veremos más adelante cómo esos libros podían ser conocidos por los dominicos establecidos en Etiopía desde hacía casi cuatrocientos años. Como se advierte pronto, le interesa a Urreta destacar tanto la rareza de los libros que contiene como su abundancia, poniendo el énfasis en que ninguna obra les faltaba:

De solo Orígenes hay más de doscientos libros, Tertuliano, San Basilio, San Cipriano, San Cirilo, San Hilario, San Hilarión, San Anastasio, San Gregorio Niceno y Nacianceno, Epifanio, Damasceno y todos los doctores griegos sin que haya ninguno de los que han escrito que no esté en esta librería, no solo los que comúnmente andan entre las manos, pero otros muy exquisitos que no se tiene de ellos noticia, compuestos por los mismos doctores (p. 104).⁸

La opulencia de dicha biblioteca ennoblece a su poseedor y al reino que la custodia, pero además reporta a sus dueños buenos dineros pues “los judíos de Egipto, Arabia y otras partes se obligan a dar millares de ducados solo porque se las dejen trasladar”, es decir, traducir (p. 105). Aunque los autores latinos están bien representados (“de San Agustín hay innumerables obras, no solo las que comúnmente andan por las librerías, sino otros muchos libros que nunca se han impreso”) (p. 105), debió de desconcertar a sus lectores que no hubiera libros escritos en latín, salvo los de Tito Livio. En cualquier caso, al dominico le interesa también destacar la variedad lingüística de las obras:

⁸ Sigue la relación de varias docenas de autores antiguos arracimados por nombres similares o con el mismo nombre pero de distinto origen (“todos los Theodoros, el Antiocheno, el Heracleyta y el Syro o Teodorito por otro nombre, en compañía de Theodolo; los dos Zacharías...”).

Y adviértase que todos los libros que hay en estas tres salas son en lengua griega, árábica, egipcia, sira [*sic*], caldea, hebrea y abisina [*sic*]; en lengua latina no había ningún libro, sino todas las *Décadas* de Tito Livio que por la Europa no se tenían y allá estaban olvidadas, que como no las sabían leer, no hacían caso de ellas.⁹ Lo que digo de los doctores latinos estaban traducidos en lengua griega, como San Hierónimo, Ambrosio, San Agustín en lengua árábica (p. 106).

Igualmente encarece la diversidad de las materias tratadas, así como la extraordinaria abundancia de los libros que custodiaba:

De Astrología, Matemáticas, Medicina, Filosofía son innumerables los libros que hay escritos en las lenguas dichas... De Historias hay gran número. Basta decir que los libros que hay son más de un millón” (p. 106).

Pero, ¿cómo podía mantenerse actualizada una biblioteca tan alejada de lo que se escribía en Occidente? Nuestro autor ha previsto también esta contingencia recurriendo a dos procedimientos. Por un lado, se procura la traducción de las novedades:

Cada día se van traduciendo obras de latín, italiano, español en el Colegio de los Indianos de Roma para enviar a la Etiopía; y al presente se están traduciendo en lengua etiopía [*sic*] las obras devotas de Fray Luis de Granada (p. 106).¹⁰

⁹ Esta noticia debió de resultar especialmente hilarante para cualquier humanista sabedor de que muchos de los libros que integraban *Ab urbe condita* de Tito Livio no se habían conservado. Uno de los capítulos más apasionantes del humanismo europeo fue precisamente la recuperación de libros perdidos de las *Décadas* de Tito Livio, algunos por parte de Petrarca y otros más tardíamente en los siglos XVI y XVII. Se han conservado los primeros que refieren desde la fundación de Roma en el 753 a.C. hasta el 292 a.C., luego se conserva la segunda guerra púnica y la conquista de la Galia Cisalpina, de Grecia, de Macedonia y de una parte de Asia Menor. No obstante, el resumen o *Epítome* de la obra de Tito Livio compuesto por Lucio Anneo Floro, historiador de la época de Adriano, nos permite conocer el plan de la obra y, por tanto, el contenido de los libros perdidos.

¹⁰ En la referencia a este fraile del siglo XVI, dominico como Urreta, el lector pudo advertir un nuevo guiño ya que Fray Luis de Granada fue el gran *best-seller* del Siglo de Oro español, como lo denominó Keith Whinnom (1980). Sus obras se reimprimieron más veces que la *Celestina*, el *Lazarillo* o *El Quijote*. A pesar de los tropiezos con la Inquisición, su *Libro de oración y meditación* (1554) llegó a conocer más de cien ediciones en poco más de un siglo desde que fue publicado; y la *Guía de Pecadores* (1556) alcanzó un éxito parecido. Véase ahora el estudio de Rafael García sobre la difusión temprana de las obras de este dominico (2013).

La otra manera de actualizarse pasaba por la incorporación de la imprenta (“Ahora se trata de llevar impresión, porque habiéndola se traducirían muchos libros con la ayuda de Dios, en latín, en italiano y español” (p. 107).

Luis de Urreta es consciente, a veces, de que debe ofrecernos su información con cierta verosimilitud; por eso nos advierte de que está siguiendo un catálogo entregado a Gregorio XIII que ha llegado a sus manos:

Esta tabla que he puesto en este capítulo es parte de un índice y arancel que hizo de todos ellos Antonio Gricio y Lorenzo Cremonés, enviados por el Papa Gregorio Decimotercero a instancia del cardenal Zarleto, los cuales fueron a la Etiopía solo para reconocer la librería, en compañía de otros que eran enviados para lo propio, y vinieron admirados de ver tantos libros, que en su vida vieron tantos juntos, y todos de mano y en pergamino, y todos muy grandes, porque son como libros de coro, con el pergamino entero, con los estantes de cedro muy curiosos, y en tan diferentes lenguas (p. 107).

No se ha logrado identificar quiénes fueron estos dos embajadores que presumiblemente Gregorio XIII envió a Etiopía, pues las únicas menciones que encontramos a ellos proceden de esta fuente. La imagen que se desprende de la biblioteca del Preste Juan es, sobre todo, la de una biblioteca de un rico monasterio medieval, llena de manuscritos en pergamino de gran tamaño, en la que predominan las obras religiosas y de la Antigüedad, claro reflejo de los autores que Urreta pudo conocer en sus pesquisas eruditas. El hecho que mejor refleja su aspecto vetusto y añoso es que casi todos los libros están en pergamino y apenas ha entrado en ella el papel.

3. LA FORMACIÓN DE LA BIBLIOTECA

¿Cómo se justifica la riqueza de esta biblioteca en un lugar tan apartado? El dominico recurre en este punto a la enorme curiosidad del pueblo etíope, así como al aprovechamiento por parte de sus dirigentes de las más variadas vicisitudes de la historia, desde los tiempos de la reina de Saba:

La causa por donde hay tantos libros es por la curiosidad y diligencia que han tenido siempre los Emperadores de cogellos desde el tiempo de la Reina Saba, y en todos los trabajos que padecieron los judíos por los Babilonios, Asirios, Romanos, siempre los Emperadores procuraban haber los libros. De la librería de Alejandría los más libros vinieron en poder de los etíopes cuando se destruyó Hierusalem por Tito y Vespasiano. Fueron muchos los libros de la *Escritura* que se llevaron a la Etiopía cuando los moros se apoderaron de la Arabia, Persia, Mesopotamia, Armenia, Asiria y Palestina y Egipto; todos los católicos cargaron con los libros que tenían y se fueron a la Etiopía; y antes de esto habían hecho la misma entrada los católicos, llevando sus libros a Etiopía huyendo de la persecución de los arrianos. Y en la persecución vandálica en la África, también huyeron a la Etiopía; cuando el Turco destruyó el Imperio de Constantinopla y se apoderó de la Grecia y Asia Menor, con particular instinto de Dios todos los católicos cargando de sus libros, se fueron a la Etiopía; de suerte que les era a todos los orientales el imperio de los Abisinios un asilo, sagrario y casa de refugio en sus trabajos (p. 107).

Algunos de aquellos libros eran relativamente recientes:

Tan grande ha sido el cuidado, que cuando supo el emperador de la Etiopía, llamado Menna, que el Emperador Carlos Quinto había ganado la ciudad de Túnez, teniendo noticia que el rey “Muleafes”¹¹ tenía una copiosa y rica librería, envió a los mercaderes de Egipto, de Roma, Venecia, Cilicia y otras partes, que a su costa comprasen los libros que llevaban los soldados, que como eran en arábigo, los daban de balde; y de esta manera juntó más de tres mil libros de Astrología, Medicina y yerbas, Matemáticas y otras curiosidades. Y con esta diligencia continuada por tantos mil años desde los tiempos de la Reina Saba hasta el día de hoy, no hay que espantar que diga yo que hay más de un millón de libros, que aun pienso quedar corto y muy corto (pp. 107-108).

No menos pintoresca es la explicación sobre la llegada a la biblioteca del Preste Juan de muchos cientos de libros judíos:

Cuando los católicos y santísimos reyes de España Don Hernando y Doña Isabel, con celo divino, nacido de un pecho tan cristiano como era el suyo, echaron con edictos públicos y premáticas reales todos los judíos de España,

¹¹ Seguramente se refiere a Muley Hassan, que era vasallo de los españoles hasta que fue depuesto por el almirante otomano Barbarroja en 1534, un año antes de la toma de Túnez por Carlos V.

[...] fueron tantos los que salieron de España, que parecía que podían poblar un nuevo mundo y así cundieron y contaminaron toda la Europa, Asia y África, y apenas quedó provincia en el mundo donde no entrasen judíos de los de España. Gran parte de ellos, travesando por el Egipto, otros por Marruecos, otros por Túnez y la Libia aportaron a la Etiopía; y como los vieron los abisinios hablar en español, y que no hacían vida de cristianos y que trataban cosas de la Sagrada Escritura, luego dieron en la cuenta de que eran judíos. (p. 108)

La ocasión se prestaba para que en semejante situación actuaran los dominicos que ya estaban establecidos en Etiopía:

Y mandando el Emperador llamar a los Padres del Convento del Aleluya, que son religiosos de la Orden de Santo Domingo y son inquisidores ordinarios, [...] para que con ellos, cumpliendo con su oficio de Inquisidores, examinasen y sacasen en limpio qué gente era aquella, entonces los Padres del Aleluya reconocieron los libros que llevaban [...]. Entonces el Emperador sacrestándoles [*sic*]¹² todos los libros y dándolos por perdidos, por haber entrado en el Imperio sin licencia, los desterró a todos con gravísimas penas si quebrantasen el destierro, porque por leyes del Imperio no pueden en él vivir judíos, los cuales fueron al reino de Borno¹³ y otros a Arabia (pp. 108-109).

4. LA CONSERVACIÓN DE LA BIBLIOTECA Y SU VALOR INCALCULABLE

De poco hubiera servido reunir tal cantidad de libros en su larga historia, si no se hubieran previsto los cuidados especiales que requería su mantenimiento:

Tiénesse con esta librería muy grande cuidado, porque es la cosa más preciosa que tiene el Imperio; y de los monjes de la Abadía de la Cruz hay señalados más de doscientos monjes que son librereros y acuden a la limpieza, guardia e incolumnidad de los libros; y cada lunes hacen subir trescientos o cuatrocientos soldados de los de la guardia que residen al pie del monte Amara, los cuales barren las salas, limpian los libros y sacuden el polvo y hacen lo que les mandan. Estos religiosos son librereros conforme las lenguas que saben, porque todos son muy doctos en ellas, tienen cuenta de los libros que están escritos en la lengua de la cual ellos tienen noticia, los cuales miran

¹² Secuestrándoles, embargándoles.

¹³ Seguramente se refiere al reino o imperio de Bornu, que existió entre 1380 y 1893, y estaba situado al oeste de Etiopía en tierras que hoy pertenecen al Chad, al noreste de Nigeria.

no se trancen, ni coman de polilla; reconocen las letras no se borren, porque como son en pergamino, es cosa fácil y acuden a todo lo que falta. Y para mayor guarda y conservación entre hoja y hoja en los libros hay tafetancillos que sirven como si fueran añafeas o estrazas; y los libros que están en rollos, también van rollados con tafetanes sobre las letras, porque con el envés del pergamino no se maltraten, ni deslustren las iluminaciones y escritura. Llámamla a la librería en su lengua *Aslabraría* (pp. 109-110).

Lo dicho hasta aquí permite adivinar qué lugar ocupaba la biblioteca entre las riquezas del Preste Juan. No hay duda de que constituía el bien máspreciado a juzgar por lo que nos dice nuestro dominico:

Cuando coronan a los emperadores le dan las llaves del tesoro y juntamente la llave de la librería; y el emperador la da al Abad Espiritual del monasterio de la Santa Cruz donde está la librería y le encarga mucho el cuidado, custodia, vigilancia y curiosidad de los libros, diciendo que los precia más que todos sus tesoros, pues esos aunque falten, minas tiene el Imperio, pero los libros de aquella librería son únicos en el mundo (p. 110).¹⁴

La descripción de esta soberbia biblioteca no pasó desapercibida en su tiempo. A modo de ejemplo, quiero mencionar la deuda reconocida en una obra de erudición bibliográfica publicada no mucho después, como es el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental* (1629), de Antonio de León Pinelo. En este libro se recoge un “discurso apologético” del doctor Juan Rodríguez de León dedicado a la biblioteca de su hermano Antonio de León, donde demuestra conocer bien las informaciones de Urreta. En efecto, Rodríguez de León Pinelo copia varias frases del fraile dominico

¹⁴ Aún después de resumir en cuánto valor tiene el Preste Juan su biblioteca, Urreta se acuerda de los jeroglíficos y, a modo de apéndice, añade: “No basta diligencia para no cometer faltas, por alto se había volado el hacer mención de los hieroglifos; y perdonará el lector que la memoria del hombre es frágil y muchas veces al mejor tiempo falta y también como curiosidad servirá de postre a este capítulo. Los libros de hieroglifos y símbolos son más de quinientos, todos los que tuvieron los egipcios los cuales se precieron mucho de ellos. Los de Libia, Etiopía, que también los usaron, están en pergamino muy blanco y bruñido, con muchas iluminaciones y pinturas muy preciosas y de grande curiosidad. De tal suerte son hermosos estos libros con sus dibujos y follajes que los príncipes del Imperio muchas veces se van a la librería y se divierten mirando aquellas hieroglíficas y pinturas de animales, de aves, de peces, de monstruosidades de hombres, de ficciones y quimeras” (p. 110).

sobre la biblioteca del Preste Juan, sin la mínima sospecha de que dichos datos carecían de fiabilidad.¹⁵

5. ALGUNAS FALSIFICACIONES PREVIAS A LA IMPOSTURA DE URRETA

El lector del siglo XXI que hojea un libro de los siglos XVI o XVII y tropieza con los extensos textos preliminares, especialmente las licencias civiles y eclesiásticas firmadas por las correspondientes autoridades, podría pensar que no sería fácil publicar un libro tan lleno de fabulaciones como el de Urreta. Y sin embargo, no eran extrañas las falsedades en libros de naturaleza cronística o histórica.

Recordemos las numerosas falsificaciones del jesuita Jerónimo Román de la Higuera (1538-1611), que aseguraba haber sacado información de antiguos cronicones atribuidos a autores paleocristianos que nadie conocía, como Flavio Lucio Dextro, Luitprando, Marco Máximo o Aulo Halo. La intención del jesuita era avalar la autenticidad de ciertas reliquias, la existencia de santos no recogidos en los repertorios al uso, la verdad de historias que ennoblecían iglesias, familias o ciudades, etc. Aunque las obras de Román de la Higuera no se publicaron en vida del autor, circularon muchos manuscritos y se celebraron debates que airearon sus ideas sin llegar a ninguna solución.¹⁶ No quedaba muy lejos el revuelo que había producido el descubrimiento de los libros plúmbeos del

¹⁵ Así, por ejemplo, menciona la biblioteca de Muleafes, rey de Túnez, que según se ha dicho más arriba, tras el saqueo de Carlos V el Emperador Menna de Etiopía avisó a los mercaderes de Egipto y Venecia que “le comprasen los libros que fuese posible”. Igualmente este discurso apologético toma de Urreta su mención al “catálogo de Antonio Gricio y Lorenzo Cremonés que, a instancia del Cardenal Zarleto, fueron por mandado de Gregorio Decimotercio, a ver esta maravilla” y señala que entre las ceremonias de la coronación del Emperador, es la una darle las llaves de la librería, como si fueran lo más precioso del Imperio las letras” (ff. 4 y 5 del discurso apologético en los preliminares).

¹⁶ Ya en 1595 el obispo de Segorbe Juan Bautista Pérez los consideró falsos, pero todavía al principio del reinado de Carlos II Gregorio de Argaiz defendió su autenticidad, a pesar de que Nicolás Antonio en su *Censura de historias fabulosas* (1652) había demostrado el fraude. Todavía en el siglo XVIII Mayans tuvo que ocuparse en desenmascarar su falsedad. No es momento de comentar someramente las obras de Román de la Higuera, algunas de las cuales llevan el título de *Historia* como por ejemplo la *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo y su tierra* y otras mencionadas en el artículo de Javier Burrieza Sánchez en el *Diccionario biográfico español*. Sobre las reiteradas falsificaciones de Román de la Higuera, véase ahora la monografía de Katrina Olds (2015). Imposturas semejantes en el siglo XVI se comentan en el ensayo “Don Quijote: ¿ficción o historia?”, de Bruce Wardropper (1984), donde se discute el significado del término *historia* y sus implicaciones en aquella época.

Sacromonte o el debate religioso que se libró en los últimos años del siglo XVI sobre la autenticidad de las reliquias recién encontradas en las catacumbas de Roma.¹⁷

Por otro lado, antes de continuar, debemos recordar que en la época el término *historia*, con el que Urreta tituló su obra, no era monosémico. Covarrubias en su *Tesoro*, define *historia* como “narración y exposición de acontecimientos pasados”, pero admite la acepción de “cualquiera narración que se cuente, aunque no sea con este rigor, largo modo se llama *historia*, como historia de los animales, de las plantas, etc.”. Así, vemos que se utiliza habitualmente en los títulos de las novelas bizantinas como la *Historia de los amores de Clarea y Florisea y los trabajos de la sin ventura Isea* (Venecia, 1552), de Alonso Núñez de Reinoso, la *Historia etiópica* o *Los amores de Teágenes y Cariclea* (Amberes, 1554), de Heliodoro de Émesa, o la *Historia de Hipólito y Aminta* (Madrid, 1627), de Francisco de Quintana. Para las narraciones extensas de caballerías o pastoriles se prefería los términos *libro* y para las picarescas *vidas*. Recordemos que el término *novela* se aplicaba a la novela corta de origen italiano, como las *Ejemplares* de Cervantes. Precisamente tuvo nuestro novelista el cuidado de eludir el nombre del género en la portada de *El Quijote*, tanto en el de 1605 como en el de 1615. Si como parodia de los libros de caballerías merecía ser llamado *libro*, Cervantes prefiere llamar muchas veces a su obra *historia*, y no en el sentido de obra de ficción como a veces sucedía,¹⁸ sino como historia auténtica, en consonancia con lo que se desprendía del recurso al procedimiento del manuscrito encontrado.

Claro está que el término *historia* ha seguido teniendo hasta hoy las dos acepciones en español y otras lenguas románicas, conceptos que los ingleses, por ejemplo, distinguen con palabras como *history* frente a *story*

¹⁷ Además de la obra de Caro Baroja *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)* (1992), podemos encontrar un panorama amplio sobre estas falsificaciones y otras semejantes de los siglos XVI y XVII en la obra de Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones* (Madrid, Ribadeneyra, 1868), que recoge abundante información sobre los libros plúmbeos, materia sobre la que se puede encontrar información reciente en el libro editado por Barrios Aguilera y García-Arenal (2008).

¹⁸ Recordemos cómo ya en la Antigüedad circulaba, por ejemplo, la *Historia etiópica* de Heliodoro, datable en el siglo II, o la *Vera historia* de Luciano, ambas inverosímiles obras de ficción. Citemos en el ámbito románico la pervivencia de la tradición clásica en obras como la *Historia de duobus amantibus* de Eneas Silvio Piccolomini. Covarrubias en su *Tesoro* admite, junto con la acepción de “narración y exposición de acontecimientos pasados”, la acepción de “cualquiera narración que se cuente, aunque no sea con este rigor, largo modo se llama *historia*, como historia de los animales, de las plantas, etc.”

o *tale*. Con todo, no podemos disculpar a Urreta por titular su obra *Historia eclesiástica* y pretender avalar su contenido con las informaciones de un tal Juan de Baltasar. El procedimiento es semejante al juego novelesco del manuscrito encontrado, ya habitual en los libros de caballerías, pero la diferencia estriba en que en todo momento el dominico sostiene la verdad histórica de lo contado, lo mismo que todos los censores que firman sus correspondientes aprobaciones al principio del libro. De hecho, se verá que la coartada de Juan de Baltasar no le salvará a Urreta de las críticas de los jesuitas.

Cien años después de su publicación, la obra del dominico valenciano se percibía ya como una construcción fabulosa. Es lo que se desprende de la entrada que Vicente Ximeno le dedica en su obra *Escritores del Reino de Valencia*, publicada en 1747:

Fr. Luis de Urreta, natural de Valencia, religioso dominico, cuyo hábito vistió en el Real Convento de Predicadores de esta ciudad en el día 11 de diciembre del año 1578. Predicó muchísimos sermones en las iglesias más autorizadas de Aragón, Valencia y Cataluña; lo cual le sirvió de tanto mérito en la Orden, que sin otro título llegó al grado de Maestro. Era aficionado a la Historia y, habiendo recogido varias noticias tocantes a la Etiopía, así de ellas como de otras, que le suministró cierto etíope llamado Juan Baltasar, que hospedaron en el convento, y se intitulaba Comendador Militar de la Orden de San Antonio Abad, y de la Guardia del Emperador de Etiopía, formó dos libros, en los cuales publicó con poca crítica, y sin examen, muchas cosas de aquel remotísimo y dilatado imperio, que él sencillamente creyó ser verdaderas, las cuales después se han averiguado fabulosas por algunos que, llevados del celo de propagar la fe, penetraron aquellas provincias. Murió en dicho convento en el día 20 de marzo de 1636 y dejó escrito lo siguiente: 1. *Historia Eclesiástica, política natural y moral de los grandes y remotos reinos de la Etiopía...* 1610; 2. *Historia de la Sagrado Orden de Predicadores en los remotos reinos de la Etiopía...* 1611; 3. *Polyantea Sacra...* compuesta en romance; 4. *Convite de la Naturaleza*; y 5. *Historia miscelánea de mucha erudición y curiosidad*» (333).¹⁹

Adviértase que Vicente Ximeno adopta una postura intermedia, pues creía que de Juan de Baltasar había pasado por la ciudad del Turia a principios del siglo XVII y que él fue quien engañó a Luis de Urreta. Veremos cómo no todos sus lectores fueron tan crédulos. En un trabajo ya

¹⁹ Y anota a continuación que los manuscritos de estas tres últimas obras se conservan manuscritas en la biblioteca del convento de Predicadores de Valencia.

mencionado (Lama de la Cruz, 2019) me inclinaba por considerar al autor de la *Historia eclesiástica* más como un “reflexivo impostor” que como un “necio ilustrado” que sigue al pie de la letra las informaciones de su hipotético informante Juan de Baltasar. Pero volvamos a los años de la publicación de la *Historia eclesiástica* para comprobar que el engaño fue urdido con premeditación.



El año anterior a la aparición de la obra de Urreta se había publicado en Valencia un opúsculo de medio centenar de páginas firmado por Juan de Baltasar Abisino titulado *Fundación, vida y regla de la grande orden militar y monástica de los cavalleros y monges del glorioso Padre San Antonio Abad, en la Etiopía, Monarchía del Preste Juan de las Indias* (1609).

Solo los lectores mejor informados pudieron dudar de que esa obra hubiera salido de la pluma de aquel ilustrado abisinio, pues el impresor Juan Vicente Franco era bien conocido en Valencia y no había por qué cuestionar la existencia real de ese escritor foráneo. Pero nadie después ha

podido demostrar la existencia de Juan de Baltasar ni la presencia en Etiopía de la citada orden militar y monástica de San Antonio Abad.²⁰ La crítica de la época, como veremos, ya sospechó que esa obra había sido escrita por el propio Luis de Urreta, pues se expresaba con la misma alambicada retórica que nuestro dominico, poco verosímil en un etíope de paso por España.

Pero ¿por qué Urreta tenía interés en que la mencionada obra se atribuyera a Juan de Baltasar? La respuesta es que Urreta creyó encontrar en este viajero etíope la coartada perfecta: con esa publicación el dominico estaba preparando el camino para hacer creíble su *Historia eclesiástica*: si daba vida a este hipotético escritor autóctono, cuyo nombre coincidía con el del Preste Juan y se apellidaba como uno de los Magos de Oriente, nadie podría desmentir el contenido de sus informaciones sobre ese reino fabuloso.

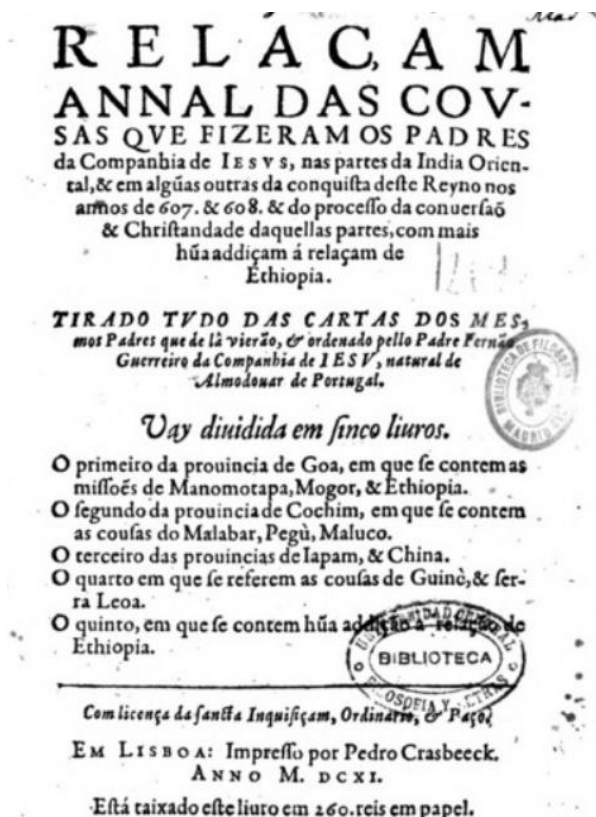
Urreta no había visitado Etiopía. Probablemente nunca había salido de la Península Ibérica y la información del viajero etíope era mera invención. Con todo, sorprende que un dominico tan letrado se aventurase, a principios del siglo XVII, a defender la existencia de una biblioteca tan fabulosa en un país africano por el que los portugueses llevaban transitando en sus viajes a Oriente desde hacía cien años. Habían transcurrido setenta años desde la publicación del libro de Francisco Alvares *Verdadera Informação das Terras do Preste João das Indias* (Lisboa, 1540), obra de un viajero que recorrió los caminos de Etiopía durante seis años y reveló a Europa la realidad de ese reino africano, un reino que vivía con grandes dificultades, acosado por los pueblos limítrofes. Además, la obra de Francisco Alvares fue muy pronto traducida al castellano y a las principales lenguas europeas²¹ con lo que pudiera creerse que se había puesto el punto final a tantos devaneos medievales y, sobre todo, al sueño de conseguir una alianza con el poderoso Preste Juan.

²⁰ Hay una pista que parece desembocar en la presencia de un abisinio que escribió una *Relazione dell’Africa, suo i domini, proprietà e costumi, dettata da Giovanni Abbisio scritta da Piero Duodo nel 1578* conservada en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, que el historiador Paolo Revelli identifica con Juan de Baltasar y algunas otras noticias que recoge Rey Bueno (2017, p. 120), pero ninguna de ellas avala la existencia de un informador del dominico valenciano y mucho menos con la profundidad y solvencia con que muestra primero como escritor y luego como informante en la obra de Urreta. En fin, todo hace pensar que, si Urreta tuvo noticia de un abisinio escritor, fue para encubrir mejor su invención.

²¹ En pocos años se tradujo al italiano (Venecia, 1550), al castellano (Amberes, 1557), al francés (Amberes, 1558; París, 1674) y al alemán (Eisleben, 1566).

Por otro lado, en la época de Urreta el Preste Juan se había convertido ya en una figura de broma habitual en el teatro y en la poesía de la época (Lama de la Cruz, 2021).

El recurso al informante Juan de Baltasar debió de resultar escasamente verosímil para un lector de la época con una formación superior. En realidad, la creación imaginaria de esta biblioteca no era sino una porción minúscula de la invención de todo lo que conformaba un país tan excepcional; una ficción que tenía como fin último, entre tanta hojarasca libresca, la defensa de la tesis según la cual los dominicos estaban establecidos en Etiopía prácticamente desde la fundación de la Orden por Santo Domingo de Guzmán, a principios del siglo XIII, y de que los etíopes practicaban un cristianismo acorde en todo con las doctrinas de Roma.²²



²² Sostienen estas ideas varios autores que se han ocupado de la obra de Urreta como Torres Santo Domingo (2010), Alfonso Mola y Martínez Shaw (2004 y 2011-2012) y Rey Bueno (2017).

Las críticas no tardaron en llegarle a Luis de Urreta, y no solo por la invención de una biblioteca que gozaba de fondos preciadísimos, sino por cuestiones más serias que tenían que ver con la religión. Justo al año siguiente de la publicación de Urreta, apareció la obra del jesuita Fernão Guerreiro titulada *Relaçam annal das cousas que fizeram Padres da Companhia de Iesus nas partes da India Oriental* (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1611).

Guerreiro confiesa que, mientras su obra se encontraba en la imprenta, conoció la *Historia eclesiástica* de Urreta y esto le permitió añadir el Libro V de su obra, al principio del cual presenta una declaración, que debo citar en su integridad a pesar de su extensión. En ella denuncia con rotundidad la impostura de Urreta y el mal que hacía a las instituciones religiosas. Ese alegato pudo leerse poco después en castellano, ya que la obra portuguesa fue traducida muy pronto por Suárez de Figueroa (1614), versión que utilizo para citar el alegato de Guerreiro:

Estándose imprimiendo esta obra, se publicó un libro impreso en Valencia el año pasado de mil y seiscientos y diez, compuesto por el Padre Fray Luis de Urreta, de la sagrada orden de los Predicadores, intitulado *Historia Eclesiástica Política y natural de los Reinos de Etiopía, Monarquía del Emperador llamado Preste Joan*. En que el mismo Padre, movido de caridad y piadoso celo, pretende mostrar que los Abexines del Preste Joan nunca fueron ni Cismáticos, y apartados de la Iglesia Romana, sino Católicos y obedientes a ella. Y porque el mismo autor afirma haber sacado todo lo que escribe sobre Etiopía (así de cosas sagradas, como políticas) de unas relaciones y papeles que le dio un don Juan Baltasar Abexín, natural de aquellos Reinos, que vino a parar a Valencia; y por la mucha y cierta noticia que se tiene en el Reino de Portugal y relaciones auténticas que hay en él de las cosas de aquel Reino por la frecuente comunicación y trato que los Portugueses, y los Padres de la Compañía tienen en él, los unos de ciento, y los otros de cincuenta años a esta parte, evidentemente consta, ser inciertas tales informaciones de lo que dice de aquellos Reinos, así acerca de las cosas políticas, como de las que tocan a la Fe. Así, redundando en mucho descrédito, no sólo de la verdad de las historias de aquel Reino, y de las Eclesiásticas que se escribieron por los Padres de la Compañía de Jesús, mas de la misma sede Apostólica, y de la propia Fe y Religión Cristiana, pareció ser muy necesario, se declarase la pureza de la verdad de lo que pasa en las cosas de que hablan tales informaciones, principalmente en lo que toca a la fe y religión de los Abexinos, y a lo que dice de las misiones de la Compañía a aquel Reino, y de los Portugueses que fueron allá, por que no parezca que disimulándose cosas tan graves, se consiente con ellas, en perjuicio de la

misma verdad, y en menoscabo de la autoridad de Reyes y Pontífices, de la nación Portuguesa, y de los Religiosos que atienden a la reducción de aquellos Reinos. Y aunque en el libro se tratan algunas cosas en que se pudiera reparar, y otras también que importa poco se crean, o se dejen de creer, se dirá solamente de las que hacen más al caso, y de quien es acertado sepa el mundo la verdad (Suárez de Figueroa, 1614, pp. 436-37).

Guerreiro utiliza para su *Relación* informaciones de Pedro Páez ya en 1611, bastante antes de que este jesuita, que se encontraba entonces en Etiopía, pudiera conocer la obra de Urreta. Fue hacia 1615 cuando Pedro Páez recibió una copia de la *Historia eclesiástica* enviada por sus superiores, los jesuitas de Goa.²³ Y este fue el desencadenante, según él mismo confiesa, para escribir su *Historia de Etiopía*, país en el que llevaba desde 1603 y que tan bien conocía. En su obra podría el jesuita desmentir la *Historia* fabulosa del dominico, a la vez que daría cuenta en portugués, —pues portugueses eran los superiores a quien debe remitir su obra— de los logros de su misión en Etiopía, como era obligado para los misioneros jesuitas. A la vista del libro de Páez, es fácil comprobar que las fabulaciones de Urreta fueron el mayor de los acicates para redactar su gran obra: en numerosas ocasiones Pedro Páez transcribe el texto del dominico y refuta a continuación sus mentiras. Si la obra de Urreta pretendía ser una descripción completa de un país que desconocía, la de Páez sería aún más extensa, con la ventaja de que todo lo que nos iba transmitir era el fruto de su experiencia y del estudio presencial de aquellas tierras. Así lo expresa el escritor Javier Reverte, que ha sido el principal valedor en la recuperación de Pedro Páez como gran historiador de la Etiopía que conoció a principios del siglo XVII:

En los cuatro libros que ocupó su trabajo, no solo recogía la historia del país e incorporaba la traducción de algunos de sus principales códices, como el libro “Gloria de los Reyes”, sino que explicaba el origen de sus mitos y teología, así como ofrecía precisas informaciones sobre su arquitectura, costumbres, lengua, instituciones, etnias, arqueología, liturgia, geografía, fauna y flora. Entrelazada con las informaciones del país, se encontraba la

²³ No podemos detenernos en dar cuenta, siquiera sucintamente, de la fascinante peripecia vital de Pedro Páez. El lector encontrará más información sobre este autor madrileño en Lama de la Cruz (2019) y en la edición de su *Historia de Etiopía* (Páez, 2009 y 2014).

crónica de una parte de la aventura de Páez, como su cautiverio en el Yemen y su visita a las fuentes del Nilo Azul» (Páez, 2009, pp. 16-17).²⁴

Una pregunta sigue rondando al lector: ¿tuvo Luis de Urreta alguna razón concreta para dedicar su tiempo y sus energías a defender tantas falsedades sobre Etiopía? Partamos de algo indudable: por aquellos años la competición entre las órdenes religiosas por atribuirse la evangelización de los nuevos territorios descubiertos levantó más de una polémica y esta que nos ocupa no es sino una manifestación de la rivalidad entre jesuitas y dominicos, desencuentro que tenía algunos precedentes.

María del Mar Rey Bueno (2017, pp. 120-123) cree que este cúmulo de mentiras de Urreta tiene cierto sentido en el choque de intereses entre jesuitas y dominicos cuando se estaba decidiendo en Roma la nueva política de evangelización.²⁵

Pero quizá haya que retrotraerse a tiempos anteriores. Por las novedades que intentaron introducir en el catolicismo, los jesuitas se ganaron muy pronto la animadversión de las demás órdenes religiosas. Las primeras críticas de los dominicos a los jesuitas se remontan a sus primeros años de la Compañía, cuando el dominico Melchor Cano les dirigió invectivas furibundas.²⁶ El conflicto más importante entre ambas órdenes, que arrancó ya en los días del Concilio de Trento y se prolongó durante bastantes años, tuvo que ver con la doctrina *De auxiliis*, es decir, la difícil

²⁴ No solo Fernao Guerreiro y Pedro Páez refutaron los escritos de Urreta. Alfonso Mola y Martínez Shaw (2004) han estudiado el problema que se generó en la evangelización de Etiopía ofreciendo datos de la polémica y en la edición del libro I de la *Historia de Etiopía* de Pedro Páez (2019, pp. 33-46) sus editores ofrecen una detallada información de los jesuitas que en su momento dieron respuesta a los escritos de Luis de Urreta.

²⁵ Así, esta investigadora considera relevante la confluencia en Roma en 1608 del sacerdote valenciano Juan Bautista Vives y de fray Luis Ystella, procedente del convento dominico de Valencia, cooperando en el proceso de beatificación de fray Luis Bertrán, que había sido maestro de Ystella. Este había sido nombrado Maestro del Sacro Palacio por Paulo V, cargo creado por deseo expreso de Santo Domingo de Guzmán, que sería el embrión de la Sacra Congregatio de Propaganda Fide, institución que se encargaría de ordenar y regular la labor misional en los pueblos descubiertos en el siglo precedente. En esos momentos, afirma Rey Bueno, “quizá los dominicos pretendían postularse como la más antigua orden misionera, a fin de situarse en posiciones privilegiadas cuando llegase el momento de fundar un nuevo dicasterio” (Rey Bueno, 2017, p. 122).

²⁶ Les censuró, por ejemplo, que en la Compañía de Jesús hubiera descendientes de conversos, que carecieran de reglas monacales, que defendieran la comunión diaria, que su organización tuviera formas “luteranas”, etc. (Navarra Ordoño, 2013).

conciliación de las creencias en la omnipotencia y omnisciencia de Dios por un lado y la defensa de la libertad humana por otro.²⁷

También resulta tentadora la hipótesis de que Urreta tuviera noticia de las obras fraudulentas de Jerónimo Román de la Higuera, concretamente de la *Historia eclesiástica de España o la Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo y su tierra* y fuera este el motivo por el que el dominico con su *Historia eclesiástica... de los reinos de Etiopía* quisiera dar justa respuesta al impostor jesuita, cuando los frailes portugueses de esta orden se encontraban en plena labor evangelizadora en ese remoto país. Pero no es fácil justificar una relación de causa y efecto entre las obras de ambos frailes, ya que las del jesuita solo circularon manuscritas y no llegaron a imprimirse.²⁸

Una vía complementaria que conviene explorar es la que recoge las alusiones con que Urreta desautoriza en su *Historia eclesiástica* a la Compañía de Jesús, cuyos informes y crónicas sobre Etiopía demuestra conocer bastante bien. El dominico, por ejemplo, no censura sistemáticamente a sus adversarios en su obra, ya que revelaría de ese modo demasiado a las claras sus intenciones. Así, por ejemplo, elogia al jesuita fray Andrés de Oviedo, patriarca de la evangelización de Etiopía, que murió en ese país en 1577 sin abandonar su tarea evangelizadora.²⁹ Urreta reconoce sus méritos, pero asegura que historiadores de la Compañía como Nicolao Sandero en su *Monarquía visible*, lo mismo que Pedro Maffeio, estaban equivocados en muchos extremos, como cuando

²⁷ Los principales polemistas, el jesuita Luis de Molina, del Colegio jesuita de Coimbra, y Domingo Báñez, de Salamanca, se enzarzaron dialécticamente en 1582 y la polémica se prolongó hasta 1607 cuando Paulo V permitió que cada orden defendiese su doctrina sin que ninguna fuese tildada de hereje, decisión que los jesuitas celebraron por todo lo alto como una victoria. Un resumen de dicha polémica puede conocerse por el trabajo de Hevia Echevarría “La polémica *De auxiliis* y la *Apología* de Báñez” (2003) y su contexto en el artículo de Alabrús Iglesias “El conflicto de dominicos y jesuitas en los siglos XVI y XVII” (2012).

²⁸ De hecho, aún siguen inéditas: la *Historia eclesiástica de España* en la BNE (ms. 1638); y la *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo y su tierra* en la BNE (mss. 1639-1641) y en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca (mss. 1830-1837).

²⁹ Oviedo había entrado en la Compañía en 1544 siendo recibido por el propio Ignacio de Loyola. En 1550 viajó a Roma con Francisco de Borja y en 1556, con otros nueve misioneros jesuitas, viajó a Etiopía como parte del programa de evangelización instigado por el monarca Juan III de Portugal. Véase la síntesis de Javier Burrieza en el Diccionario Biográfico español.

afirmaron en sus crónicas que el emperador etíope Claudio murió siendo cismático.³⁰

No puede olvidarse, en fin, que los jesuitas se habían establecido en Valencia en 1544 y cincuenta años después habían adquirido una relevancia que era mirada con suspicacia por los dominicos. Lo que empezó en los primeros años como una convivencia cordial entre ambas órdenes, acabó en animadversión manifiesta tras la controversia dogmática *De auxiliis*, cuyos ecos seguían vivos a principios del siglo XVII. No sería extraño que algunos roces en esa convivencia en la misma ciudad arrojaran nueva luz sobre los motivos de Urreta para denostar la labor de los jesuitas de Etiopía.³¹

He mencionado cuán rápidamente los jesuitas desautorizaron la *Monarquía eclesiástica* de Luis de Urreta. Cabría imaginar que el dominico, al ser víctima de esas descalificaciones, cayera rápidamente en el olvido y quedara en la historia como un fabulador desdeñable que presentó sus lucubraciones fantasiosas como si fueran historia. Y sin embargo, su obra fue leída y considerada una fuente de autoridad por muchos lectores, entre otros los hermanos León Pinelo, como queda dicho. Por otro lado, de la *Historia eclesiástica* de Urreta se tuvo amplia noticia en el ámbito inglés por los extractos que se publicaron en la obra conocida como *Purchas, his Pilgrimage*, la popular recopilación de viajes de Samuel Purchas, en la que seguramente bebió John Milton cuando

³⁰ “Pero lo que estos graves autores [Sander y Maffeo] escribieron fue por siniestras informaciones que tuvieron. Pero lo que yo he referido es la verdad apurada, como se ve en los papeles auténticos y provanzas cualificads que voy traduciendo, las cuales si los dichos escritores las vieran, dijeran muy al contrario de lo que dejaron escrito en sus libros. Y no es imaginación mía, sino que de hecho, si el padre Maffeo volviera a escribir, imprimiera lo contrario que lo que antes había escrito. Porque llegando a la ciudad de Verona don Juan de Baltasar, muy devoto del Padre Oviedo, teniendo noticia que en aquella ciudad en el Convento de la Compañía de Jesús residía el R.P. Maffeo, y sabiendo por relación de algunos lo que este doctor había escrito de su emperador Claudio, se fue al Convento en compañía del conde Paulo Canocio y del Conde Mario Bebilaqua, personas muy calificadas y graves de aquella república; y llamando al Padre Maffeo, le declaró cuán contraria era la verdad del hecho a lo que él había escrito: mostrole los papeles firmados y trasladados de las cartas enviadas por el Preste Juan y su Consejo de Sumo Pontífice y Cardenales, y otras mil seguridades y probanzas muy auténticas... (Urreta, 1610, pp. 211-212)

³¹ El historiador valenciano Francisco Roca Traver aportó hace años algún testimonio de dichas disputas (<https://www.levante-emv.com/comunitat-valenciana/2011/01/30/disputa-jesuitas-dominicos-13086506.html>)

recuperó *the Hill Amara*, el monte Amara de Urreta, como lugar ideal en su *Paradise Lost* medio siglo después.³²

ALGUNAS CONCLUSIONES

Independientemente de la impostura cometida por Luis de Urreta, la descripción de la fabulosa biblioteca del Preste Juan viene a reflejar cómo este dominico letrado podía imaginar la biblioteca ideal de ese reino ideal, el del Preste Juan. En realidad se trataba de un imperio –el Preste Juan era rey de reyes– que durante más de quinientos años había sido buscado tanto por los pontífices romanos y los príncipes europeos como por los viajeros por Oriente. Por las explicaciones de su emplazamiento, sus dimensiones, los autores representados, la cantidad de sus obras únicas y la riqueza de sus códices, Urreta imagina y describe una biblioteca que supera a todas las conocidas por el tamaño y la riqueza de sus fondos. Debió de fascinar a más de uno de sus lectores por la rareza de algunas obras bíblicas, la abundancia de la literatura grecorromana que atesoraba, la de los santos padres y su pervivencia en la Edad Media; una biblioteca nutrida sobre todo de manuscritos de pergamino lujosísimos y que se empezaba a enriquecer con los frutos modernos de la imprenta.

La invención de esta singular biblioteca no fue la simple divagación quimérica de un fraile rebotante de erudición, cuya mente visionaria podríamos emparentar con la de su contemporáneo Alonso Quijano en el ámbito de la ficción. A esa interpretación podría llevarnos la presencia de algunas frases irónicas que se le escapan al dominico y que nos remiten más a un mundo de ficción que a una sesuda obra de historia. No menos relevante nos parece comprobar cómo la imprenta valenciana de la época, con todas las licencias requeridas al frente de la *Historia eclesiástica*, pudo ser cómplice de una falsificación tan extraordinaria como fue la de dar forma a un reino inmensamente rico que solo existía en la mente delirante de un fraile sin escrúpulos.

La invención de tal biblioteca contribuía indirectamente al prestigio de los dominicos que, según Urreta, llevaban establecidos en Etiopía desde

³² El título de la obra de Purchas fue *Relations of the world and religions observed in all ages and places discovered...* y de ella hubo varias ediciones. Se reconoce esta influencia, por ejemplo, en el capítulo “The search for Paradise” en el libro de Joseph E. Duncan *Milton’s Earthly Paradise. A Historical Study of Eden* (1972, pp. 188-233), así como en las obras de Almond (1999) y Poole (2017, pp. 247-250).

hacía varios siglos y que, por ello, habían tenido el privilegio de relacionarse con una sociedad tan avanzada como la que él nos describe. Algunas referencias jocosas repartidas a lo largo de la descripción, como la presencia de las obras de Enoc, otras referidas a la adquisición de los libros, la formación de la biblioteca o la difusión africana de las obras de su hermano de religión fray Luis de Granada, deben valorarse como muestras jocosas que apuntan al hecho de que ni el propio Urreta se tomaba muy en serio su discurso.

Por todo ello, Luis de Urreta en su *Historia eclesiástica* nos deja un ejemplo elocuente de cómo en pleno siglo de oro se podía inventar un reino fabuloso con el fin de demostrar los méritos de la orden dominica frente a los advenedizos jesuitas que se estaban consolidando por su tarea evangelizadora en Etiopía y en otros lugares de Oriente, sin reparar en la escasa credibilidad y el breve recorrido que esperaba a su obra.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabrús Iglesias, Rosa María (2012), “El conflicto de dominicos y jesuitas en los siglos XVI y XVII”, en Xavier Torres y Sans (ed.), *Les altres guerres de religió: Catalunya, Espanya, Europa (segles XVI-XIX)*, Girona, Documenta Universitaria, pp. 159-188.
- Alfonso Mola, Marina, y Carlos Martínez Shaw (2004), “Pedro Páez y la misión jesuítica en Etiopía en el contexto de la unión de las Coronas de España y Portugal”, *Espacio, Tiempo, Forma*, Serie IV, 17, pp. 59-75.
- Alfonso Mola, Marina, y Carlos Martínez Shaw (2011-2012), “La Etiopía imaginaria de Luis de Urreta”, *Cuadernos de Historia de España*, 85-86, pp. 33-50.
- Almond, Philip C. (1999), *Adam and Eve in Seventeenth-Century Thought*, New York, Cambridge University Press.
- Baltasar Abisino, Juan de (1609), *Fundación, vida y regla de la grande orden militar y monástica de los cavalleros y monges del glorioso Padre San Antonio Abad, en la Etiopía, Monarchía del Preste Juan de las Indias*, Valencia, Juan Vicente Franco.

- Barrios Aguilera, Manuel, y Mercedes García-Arenal (eds.) (2008), *¿La historia inventada? Los Libros Plumbeos y el Legado Sacromontano*, Granada, El legado andalusí - Universidad de Granada.
- Bouba Kidakou, Antoine (2011) “Juan de Baltazar Abissinio y la literatura hispanoaficana en el siglo XVII”, en Petre Gheorghe Bârlea (coord.), *Diversité et Identité Culturelle en Europe*, t. 8/1, Bucarest, Editura Muzeul Literaturii Române, pp. 137-150.
- Burrieza Sánchez, Javier (2009), “Jerónimo Román de la Higuera”, en *Diccionario biográfico español*.
- Burrieza Sánchez, Javier (2009), “[Fray] Andrés de Oviedo”, en *Diccionario biográfico español*.
- Caro Baroja. Julio (1992), *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral.
- Duncan, Joseph E. (1972), *Milton's Earthly Paradise. A Historical Study of Eden*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- García, Rafael (2013), “El éxito literario de las primeras obras de fray Luis de Granada a la luz de la retórica”, *eHumanista*, 24, pp. 607-627.
- Gessner, Conrad (1545), *Bibliotheca Universalis, sive Catalogus omnium Scriptorum locupletissimus, in tribus linguis, Latina, Græca, & Hebraica; extantium & non extantium, veterum et recentiorum in hunc usque diem ... publicatorum et in Bibliothecis latentium, etc.* Zurich: Christophorum Froschouerum.
- Godoy Alcántara, José (1968), *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, Ribadeneira.
- Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis (2015), “La situación actual y nuevas líneas de investigación sobre el libro y las bibliotecas en la Edad Moderna”, en Félix Labrador Arroyo (ed.) *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de Investigación en Historia Moderna*, Universidad Rey Juan Carlos-

- Ediciones Cinca, pp. 87-89. Disponible en [https://eprints.ucm.es/id/eprint/40364/1/La situacion actual y nuevas lineas de i.pdf](https://eprints.ucm.es/id/eprint/40364/1/La_situacion_actual_y_nuevas_lineas_de_i.pdf) (26-4-2022).
- Guerreiro, Fernao (1611), *Relaçam annal das cousas que fizeram Padres da Companhia de Iesus nas partes da India Oriental*, Lisboa, Pedro Crasbeeck.
- Hevia Echevarría, Juan Antonio (2003), “La polémica *De auxiliis* y la *Apología* de Báñez”, *El Catoblepas*, 13, marzo 2003. Disponible en <https://www.nodulo.org/ec/2003/n013p01.htm> (26-4-2022).
- Lama de la Cruz, Víctor de (2019), “El último reino del Preste Juan: la utopía de Luis de Urreta en su *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía*”, en Rafael Beltrán (ed.), *Viajeros en China y libros de viajes a Oriente (siglos XIV-XVII)*, Valencia, Universitat de València, pp. 89-118.
- Lama de la Cruz, Víctor de (2021), “Andanzas y espejismos del Preste Juan: de la leyenda medieval al motivo retórico de los Siglos de Oro”, en Victoria Béguelin-Argimón, ed., *Viajes hacia Oriente en el mundo hispánico durante el Medioevo y la modernidad (Retórica, textos, contextos)*, Madrid, Visor, pp. 169-205.
- León Pinelo, Antonio de (1629), *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, Madrid, Juan González.
- Navarra Ordoño, Andreu (2013), *El anticlericalismo. ¿Una singularidad de la cultura española?*, Madrid, Cátedra.
- Olds, Katrina B. (2015), *Forging the Past: Invented Histories in Counter-Reformation Spain*, New Haven, Yale University Press. Disponible en https://books.google.es/books/about/Forging_the_Past.html?id=oapJCgAAQB_AJ&printsec=frontcover&source=kp_read_button&hl=en&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false (26-4-2022).
- Páez, Pedro (2009), *Historia de Etiopía*. Libro I, Javier Reverte (pról.), Isabel Boavida, Hervé Pennec y Manuel João Ramos (ed. científica), Granada, Fundación “El Legado Andalusi”.

- Páez, Pedro (2014a), *Historia de Etiopía, Libros I y II*, A Coruña, Ediciones del Viento.
- Páez, Pedro (2014b), *Historia de Etiopía, Libros III y IV*, A Coruña, Ediciones del Viento.
- Poole, William (2017), *Milton and the Making of Paradise Lost*, Cambridge (Massachusetts)-London (England), Harvard University Press.
- Rey Bueno, María del Mar (2017), “Juan de Baltasar, caballero abisinio. Utopías etíopes en la Valencia del seiscientos”, *Pasiones Bibliográficas* II, pp. 115-124.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal (trad.) (1614), *Historia y anal relación de las cosas que hicieron los Padres de la Compañía de Jesús por las partes de Oriente y otras en la propagación del santo Evangelio en los años pasados de 607 y 608. Sacada, limada y compuesta de portugués en castellano por el Doctor ...* En Madrid, Imprenta Real. (Cito por la edición de Enrique Suárez Figaredo en Cervantes Virtual: http://users.ipfw.edu/JEHLE/CERVANTE/othertexts/Jesuitas_Figueroa.pdf).
- Torres Santo Domingo, Marta (2010), “La aventura de los misioneros en Etiopía: recorrido bibliográfico desde la Biblioteca Histórica”, *Pecia Complutense*, año 7, 13, pp. 53-63.
- Urreta, Luis de (1610), *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, Monarquía del Emperador, llamado Preste Iuan de las Indias*, Valencia, Pedro Patricio Mey. Disponible en https://books.google.es/books?id=K00GLosU3qQC&printsec=frontcover&source=gbs_atb&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false (26-4-2022).
- Wardropper, Bruce (1984), “Don Quijote: ¿ficción o historia?”, en G. Haley, *El Quijote de Cervantes*, Madrid, Taurus, pp. 237-252.
- Whinnom, Keith (1989), “The Problem of the ‘Best-Seller’ in Spanish Golden-Age Literature”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 57, pp. 189-198.

Ximeno, Vicente (1747), *Escritores del Reyno de Valencia, chronoĺgicamente ordenados desde el ańo M.CCXXXVIII de la Christiana Conquista de la misma Ciudad, hasta MDCCXLVII*, Vol I. Valencia, Joseph Estevan Dolz, Impresor del S. Oficio.